

EB.

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 365

25 cts.



**La ruta de  
una mujer**

por  
**Margaret Livingston  
Warner Baxter**

**FilmoTeca**  
de Catalunya

MORTIMER, Edmund

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis  
Administración { Teléfono 2717 A

Año VII

BARCELONA

N.º 365

**La ruta de una mujer**

(WOMAN'S WAY, 1928)

Producción dramática,

interpretada por

Margaret Livingston, Warner Baxter  
y Armand Katz

**PRODUCCIÓN COLUMBIA**

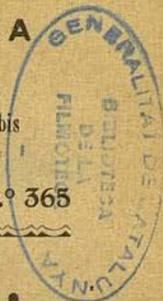
Exclusiva de

**Príncipe Films, S. L<sup>da</sup>**

Aldamar, 7 y 9. - SAN SEBASTIAN

Aragón, 249. - BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de  
SIGRID HOLMQUIST



---

Revisado  
por la censura gubernativa

---

---

*Imp. Badía - D. Dou, 14 - Barcelona*

---

## La ruta de una mujer

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En el Barrio Latino de París, ciudad del mundo, cuna... y sepulcro de artistas sin fin, amantes de la Gloria y desdeñados — los más — por ella, vivía Liana Beryl, bella joven que se defendía en la lucha por la existencia actuando en un modesto “cabaret” como cantante y bailarina.

Su voz era suave, de agradable sonido y notable volumen, por lo que, acuciada por la esperanza, ansiaba poder cantar algún día en la Gran Opera.

Su arte coreográfico era asimismo digno de elogios, pero no tuvo nunca la intención de dedicarse enteramente a él.

¡El canto! ¡Sólo el “bel” canto!

Liana era huérfana. Quedó sin nadie en sus más risueños años, y desde entonces vivía con una solterona llamada Susana, que le hacía las veces de madre y criada y que era, si no más, tan buena como el pan.

Al aceptar — de esto hacía tiempo — un contrato en cierto “cabaret” de tercer orden, para ir subiendo paulatinamente, Liana lo hizo con el decidido propósito de economizar todo lo que buenamente pudiera de su sueldo para pagarse un renombrado profesor de canto.

Pero...

Ella también, como la inmensa mayoría de sus congéneres, tenía su “pero”... su cruz, y ésta era Juan Biribi, un sinvergüenza de marca mayor, enemistado con la justicia, “por incompatibilidad de caracteres”.

Biribi odiaba al trabajo y se entregaba apasionadamente al descanso continuo, para no estropearse las manos.

Liana le resultó una conquista interesante, y asediándola noche tras noche logró hacerle creer que a su lado él sería un hombre de provecho y que se ayudarían mutuamente a vivir en la más completa felicidad.

Y Liana se dejó convencer sin saber lo que hacía, y cuando se dió cuenta de su gran error ya era demasiado tarde.

Y como no podía hacer otra cosa, se resignaba, asiéndose, como supremo consuelo, a la ilusión de hacer progresos en el canto, más lentamente que lo que deseara siempre, a causa del parásito que devoraba casi todas sus ganancias, pero progresos al fin.

Uno de los pocos lujos que se permitía Liana era el de hacerse servir un baño a domicilio todas las mañanas.

Los mozos de la casa de baños cumplían el encargo de mil amores, pues Liana era una criatura deliciosa y más de una vez la habían visto bastante ligera de ropa...

Cuando — aquella mañana — le trajeron el baño, Liana desnudóse tras un biombo, y los mozos, embabiecados, trataban de perforar la valla de tela con sus ojos; en vista de lo cual Susana los mandó con viento fresco.

—¡Hala, a la jaula, viejos loros! — les dijo, empujándolos hacia la puerta.

Liana se bañó con fruición, y cuando su cuerpo era un manojo de rosas lozanas, envol-

vióse en una fina bata y se disponía a adornar su rostro con los afeites de rigor, cuando se llevó un susto enorme al ver saltar al interior de su cuarto — que comunicaba con el tejado por una amplia ventana — a un hombre.

—No te alarmes. ¡Soy yo! — dijole Biribi, pues era él.

—¡Juan! ¿Tú por aquí?

—Ya lo ves... La “polilla” no me deja ya andar tranquilo ni por los tejados.

—No debes hacer esto nunca más.

—¡Sí que me recibes cariñosamente después de una ausencia de tantos días!

—Es que temo por ti, Juan. ¿No comprendes que pueden sospechar que estás aquí, toda vez que la policía no ignora que yo soy tu amiga?

—No me ha visto nadie, mujer.

—¿Estás herido?

—Sí... pero no es nada... Son gajes del oficio. Si en lugar de la mano me hubiese dado en la cabeza hubiera sido peor.

—¡Oh, Juan! ¡Esto no es vivir! ¿Por qué no cumples lo que me prometiste? ¿Por qué no trabajas en algo honrado?

—¿Para qué? ¿Para morirme de hambre? ¡Quita, boba!

—Ven... Deja que te cure... Leve es la herida, al parecer, pero como sangra podría infectarse.

—¡Infectarse! ¿Desde cuándo se me infecta a mí algo!

—Ven... No seas tan ingrato...

—¡Qué calamidad sois las mujeres!



El arte, la gracia y la belleza de Liana eran un filón inagotable para el propietario del “cabaret” “Aux Pierrots.”

Allí actuaba como “estrella” y sus admiradores eran cada día más numerosos.

Aquella noche se hallaba en el local Tony Durant, un americano en viaje de recreo por Francia, ávido de conocer sus muchas bellezas y sus encantadoras mujeres.

No diremos de él, como vulgarmente se sue-

le decir, que era rey de la merluza, del bacalao, de las sardinas en escabeche, o cosa análoga, no; baste saber que era rico y podía permitirse el capricho de recorrer el mundo de cabo a rabo... y luego volver a empezar.

Antes de que le tocase el turno en el programa de variedades a Liana, Tony pidió la cuenta al camarero, para abonarla y marcharse hacia otro lugar menos aburrido, pero la aparición de la "estrella" pareció clavarlo en su silla.

—La nota, señor... — le dijo el camarero; y como él no le oyera insistió en ofrecérsela, puesto que se la pidiera con prisa.

—¿Qué dice usted? — le preguntó; y recordando que había solicitado la cuenta, añadió:

—Sí, perdone... ¿Cuánto es?... Tenga.

Le entregó dos billetes, y al ir el camarero a devolverle el cambio, se lo rechazó, autorizándole a quedárselo como propina.

Liana hacía las delicias de la concurrencia con sus bailes, y Tony, encantado, no le quitaba ojo de encima, deseando tener ocasión de hablarle.

Bailando, bailando, Liana se acercó exageradamente a la mesa de Tony y estuvo a punto de derribar un cubo de hielo para el campaña con su correspondiente soporte, evitándolo el joven americano al contener ambas cosas con sus manos.

—¡Oh, perdón! — disculpóse Liana.

—No ha sido nada, señorita.

Pero una borla del cuello de plumas que ella lucía se enganchó en una de las asas del cubo y al tirar ella con involuntaria violencia la separó del resto del adorno.

—¡Qué torpe estoy esta noche! — exclamó Liana.

Y, muy galante, Tony replicó:

—No se apure. Plumas como estas hay muchas en el mundo... pero mujeres como usted... ¡sólo una!

—Muchas gracias, caballero...

Gratamente impresionado por su arte y su belleza, que se hermanaban maravillosamente, Tony la siguió con la mirada y vió que se sentaba a una mesa desocupada.

El dueño del "cabaret" no dejó de observar el interés del espléndido cliente por la baila-

rina, y, acercándosele, le dijo, maliciosamente:

—Es una gran artista, ¿verdad?

—¡Es admirable!... ¿Quién es?

—Liana Beryl, Flor de Nieve.

—¿Flor de Nieve?... ¡Pero si parece una Flor de Fuego!

—Ese nombre se lo hemos puesto aquí porque siendo tan linda y teniendo tantos adoradores no hace caso a ninguno.

—Muy curioso...

—Si quiere el señor saludarla, se la presentaré.

—Con mucho placer.

—Venga usted conmigo.

Y, al momento, el dueño presentaba al americano y a la artista.

Y así hablaron los dos jóvenes:

—Estoy sorprendido, señorita, de haberla encontrado aquí.

—¿Por qué, señor americano... si puede saberse?

—Sencillamente, porque este ambiente no es el que corresponde a usted...

—¿Lo cree usted así?

—Y usted también, no lo dudo... porque no

es necesario que le diga, para que lo sepa, que es usted bella y muy artista...

—La exageración es propia de los adula-dores...



—No se apure. Plumas como estas plumas hay muchas en el mundo... pero mujeres como usted...

—Le hablo en serio... Me interesa usted mucho... No sé lo que me pasa, pero parece que la conozco de muchos años... ¿No le sucede a usted lo mismo respecto de mí?

—No sé... es decir, acabo de verle a usted hace un momento por primera vez, ¡y he conocido a tantos extranjeros!

—Por supuesto, y todos le fueron indiferentes... y yo también... Es muy natural... Si fuera usted a creer todo lo que le dicen los hombres...

—Me gusta su modo de hablar...

—Algo es algo... Y cuando nos vayamos tratando... ¿Quiere usted tomar algo?... ¿Un poco de champaña? ¿Algo sólido?

—No, gracias... Ya me sirvieron el café que acostumbro tomar todas las noches para desvelarme.

—¿Ha terminado usted ya su número?

—Sí, pero ahora debo hacer, aunque me repugne, un par de horas de "foyer".

—¿Ve usted como no es feliz aquí?

—¿Y quién es feliz, señor?

—Usted merece serlo...

—Acaso lo sea, como yo lo deseo, algún día.

—¿Sería indiscreto preguntarle cómo entiende usted la felicidad?

—Muy sencillo, señor... realizando mi más cara ilusión: cantar en el escenario de la Opera.

—Otras con menos méritos que usted lo han conseguido. No se desanime, y si yo pudiera serle útil en algo...

—Su amabilidad me confunde, señor... Es la primera vez que no se ríen de mí cuando confieso mi sueño dorado.

—¿Quién quiere usted que la comprenda aquí?

La conversación entre ambos se hizo más franca a medida que un corazón ganaba al otro, y un poco después Liana compartía la opinión de Tony de que parecía que se conocían de tiempo.

En tanto, en la calle y frente al "cabaret" se tropezaron Juan Biribi y Pedro Carret, bribones inseparables lo mismo si gozaban de libertad que si estaban en la cárcel.

Carret dijo a Biribi, dando muestras de júbilo:

—Creí que no nos veíamos más. Mira la go-

rra. ¡Pues el abrigo me lo han puesto a balazos como un colador!

—Esos “polis” no quieren dejarnos en paz ni un segundo y no podemos descuidarnos. Hemos de hablar... Quédate aquí y vigila mientras yo voy a ver a Liana.

—No tardes...

—No temas...

Biribi entró en el “cabaret” y crispó los puños al ver a Liana en compañía de un cliente de porte distinguido. Hizo una seña a su amiga, pero ésta fingió no verle, pues no sabía cómo separarse de Tony, y enojado por ello el granuja acarició a una tanguista que encontró a su paso por entre las mesas.

—¡Hola, pequeña!

Pero la aludida, que comprendió la intención de Biribi, negóse a ayudarle en su juego y le dijo, apartándole las manos:

—¿De modo que porque Liana está hablando con otro hombre vienes a darle celos conmigo? ¡Anda, rico, límpiate!...

—¿Heredaste de un tío de La Habana, para gastar tantos moños, capullo de alcachofa?

—Yo no sirvo para plato de segunda mesa,

pimpollo. Conque, echa “p’alante”, que hay un charco...

Liana observó a Biribi y no pudo seguir simulando con Tony, a quien dijo:

—¿Quiere usted hacerme el favor de pedir un taxi? Tengo que marcharme... No me encuentre bien.

—En seguida, señorita...

La ausencia de Tony permitió a Biribi acercarse a Liana y amenazarla con pincharla si daba oídas a los galanteadores del “cabaret”.

—¿Pero es que no voy a poder hablar con ningún hombre? — protestó Liana.

—¡No!... ¡No puedes hablar más que conmigo!

—¡Es preciso que acabe esta esclavitud, Juan!... ¡Ya estoy harta!

—¿Qué dices?... ¿Te rebelas?...

Antes de que Liana contestase, Carret entró precipitadamente en el “cabaret” y fué a decirle a su compinche:

—¡La policía!... ¡Tiene tomadas todas las salidas!

Biribi no perdió la serenidad y sacándose de

un bolsillo un objeto se lo dió a Liana por debajo de la mesa, diciéndole en voz baja:

—Guarda esta cartera. Luego iré a buscarla a tu casa.

Y cuando la policía presentóse en el “cabaret” y, alcanzándole, conminó a Biribi a darse preso, el ladrón huyó, como por arte de magia, por la parte trasera del local.



Era tal la importancia que se concedía a la detención de Juan Biribi que hasta el Prefecto de Policía, Mauricio Mouvet, tomaba parte, personalmente, en su persecución.

Ante la nueva fuga del malhechor, el Prefecto dió órdenes secretas a sus subordinados, mirando a Liana, a la que, empero, no molestaron lo más mínimo; y la policía se juró encontrar vivo o muerto a Biribi.

Tony regresó al lado de Liana, cuando su amigo acababa de ponerse en salvo. Como la

encontró nerviosa, trató de calmarla, ajeno a la causa de la excitación de ella.

—No se alarme, Liana. Es la policía que busca a un ladrón.

—Sí... a un ladrón... Ya lo vi...

—¿Qué tiene usted?... ¿Se siente peor? Permítame que la acompañe hasta su casa...

Liana aceptó la compañía del correcto Tony, pero, en el “auto”, no pudo dirigirle la menor palabra, por lo que él le manifestó:

—¿Tanto le ha impresionado la escena del café?

—No lo puedo remediar... Soy así... Perdóneme...

—Es usted muy sensible y eso no es ningún defecto... Pero hablemos un poco... Distraiga sus pensamientos... ¿Por qué la llaman a usted “Flor de Nieve”?

—Es un apodo como otro cualquiera... Lo de Flor, porque dicen que soy bonita, y lo de Nieve, por fría, por indiferente. ¡Yo no amo más que al arte!... ¡Mi carrera ante todo!

—Sería yo muy dichoso si, para mí, lograrse variar lo de la nieve...

—Me parece que no me he portado “friamente” con usted...

—Es cierto... pero quisiera más...

—Es usted como todos... ¡Siempre más! ¡Nunca están contentos!

—¿No hará usted una excepción conmigo?

El “auto” llegaba en tal instante a destino. Liana se apeó, y tras ella lo hizo Tony, quien le dijo, despidiéndola a la puerta de la escalera:

—¿Quiere usted que cenemos juntos mañana?

—No puede ser...

—¿Y comer?

—Lo siento...

—¿Y desayunar conmigo en el Bosque?

—¡Imposible!

—Entonces, ¿no quiere volverme a ver más?

—No dispongo de mí, señor. Pero cuando quiera verme, ya sabe que todas las noches estoy en el “cabaret”.

—¿Eso quiere decir?...

—Eso no quiere decir nada.

Extrañado por la misteriosa actitud de Lia-

na el americano volvió al “auto” en tanto que ella subía a su cuarto.

Al entrar en éste oyó el estampido de un corcho al ser separado de una botella, y se sobresaltó.

¿Quién estaba allí?

El antipático rostro de Biribi sacó de dudas a Liana.

—Soy yo, querida...

—¿Qué haces aquí otra vez, Juan? ¿No ves que me comprometes? ¿A qué vienes?

—¿A qué?... A varias cosas, entre ellas la cartera que te di... ¿No has tenido la curiosidad de mirar lo que hay dentro de ella?

—No... ¿Por qué?

—Contiene un collar de brillantes que vale una fortuna.

—¿Por eso la policía iba detrás de ti?... ¿Lo has robado?

—¿Robar?... ¿Qué es eso de robar?... ¿Soy yo, acaso, un ladrón?

—Entonces...

—¡Es un regalo de una admiradora mía... una princesa rusa!

—Juan, ¿por qué no te regeneras?

—Dame la cartera y déjate de sermones. Quiero ver cómo relucen esos brillantes alrededor de tu cuello; y con el dinero que vale ese collar podremos marcharnos muy lejos de aquí.

Liana buscó en sus ropas la cartera, pero no la encontró. Buscó de nuevo y vió confirmadas sus sospechas de que la había perdido.

—¡No la tengo, Juan! — revelóle presa de espanto.

—¡Que no la tienes! ¡Dame la cartera ahora mismo, o no respondo de mí!

—¡La habré perdido! ¡No la encuentro!

—¡Mientes, mientes!

Sus manos iban a hacer dogal en el cuello de Liana para obligarla a hablar, pero, por fortuna, llamaron a la puerta de la casa y, alarmado, Biribi huyó por la ventana hacia el tejado.

Y razón tenía de ocultarse, pues el autor de la llamada era el Prefecto de Policía, seguido de varios subordinados.

—Venimos en busca de Juan Biribi — dijo el jefe a Liana, escudriñando desde la puerta todos los rincones del modesto cuarto.

—Yo no sé nada, señor — respondió la bailarina ocultando torpemente su emoción.

—Sabemos que está aquí. Se le ha seguido. Lo registraremos todo, y si es que le oculta, peor para usted.



—¡Dame la cartera, o no respondo de mí!

El registro dió como resultado el descubrimiento de huellas del paso de Biribi por la ventana, y comentó el Prefecto:

—Ha salido por donde entró. De todos modos le va a ser muy difícil escapar esta vez porque hay policía en los tejados y en todas estas calles.

—¡Yo soy inocente, señor Prefecto! — exclamó Liana.

—Ya lo sabía, señorita. Usted no es más que una víctima de ese hombre, y debo advertirle que Biribi es una compañía peligrosa y que debe evitarla.

Marchóse la justicia, y Biribi, después de aguardar un tiempo prudencial, regresó al cuarto de Liana.

—¡Vete, Juan, por Dios! ¡Te buscan! — gritóle más con el gesto que con la voz.

—¡Sí, me voy, pero dame la cartera!

—¡Te digo que no la tengo!

—¿No ves que estoy perido?... Sólo el collar puede ser mi salvación. Pero... espera... Pienso que sería peor si me cogiesen con esa joya... Guárdala tú... Y aunque me coja la policía, algún día volveré por la cartera, por el collar y por ti.

Llamaron otra vez a la puerta, y Biribi precipitóse al tejado por la ventana.

Liana fué a abrir con infinitas precauciones.

¡Era Tony! ¿Qué quería?

—¡Buenas noches, señorita!

—¿Usted aquí?



*Liana fué a abrir con infinitas precauciones.*

—No le extrañe... Usted tiene la culpa de volverme a ver... por haberse dejado olvidada esta cartera en el "auto".

—¡Ah!... Muchas gracias...

—Es suya, ¿verdad?

—Sí, es mía, señor.

Dos disparos de arma de fuego aterrorizaron a Liana, llevándola inconscientemente a la ventana, seguida de Tony, y ambos vieron caer a la calle a un hombre perseguido por la policía.

¡Era Biribi!

Tony apartó suavemente a Liana de la ventana y le dijo cariñosamente:

—Ya que nos hemos visto esta otra vez sin pensarlo, ¿por qué no quiere usted que nos veamos también mañana?

—Como usted quiera, sí... ¡Estoy tan triste!



Había pasado algún tiempo, no mucho, y Juan Biribi se disponía a hacer un viaje por mar... muy a pesar suyo... como condenado a trabajos forzados en las más apartadas colonias.

Y mientras el bribón llegaba al final de su viaje, Liana estaba a punto de llegar también a la realización del sueño de toda su vida.

Paseando en "auto" con Tony, su amado protector sin otro interés que el de su mutua felicidad, expresó el deseo de ver la fachada de la Opera y éste quedó cumplido inmediatamente; y ante el gran teatro él le dijo:

—Mira, Liana, la Gran Opera, donde está el escenario de tus futuros triunfos... de tu consagración...

—¡Qué maravilloso, Tony!

—Sólo tres meses has tardado en llegar a él, pero mucho menos vas a tardar en ser una de sus primeras figuras.

—¡Gracias a ti, Tony!

—No, Liana; gracias a tu talento.

Mientras tanto, allá, en la Isla del Diablo, donde hasta las sombras de las plantas espían los menores movimientos de los confinados, Biribi, a pesar de todas las vigilancias, deslizaba al oído de un compañero una frase...

Y llegó la noche y los dos camaradas huyeron en busca de la libertad o de la muerte.

La noticia de la fuga fué transmitida inmediatamente a Paris, y el Prefecto, disgustadísimo, dijo a algunos agentes:

—Si viene a Paris, seguramente Biribi bus-

cará a la bailarina. Que vigilen su casa de día y de noche.

Biribi, en efecto, se encaminó a París y buscó refugio en una de sus antiguas guaridas: la taberna "La Boca del Infierno".

En aquella nueva reclusión sólo sabía del mundo de los vivos por las noticias que le llevaba su amigo de siempre, Pedro Carret.

Cierto día éste le comunicó:

—He averiguado el paradero de Liana. Tiene un chalet junto al bosque de Bolonia.

—¡Al fin, amigo mío! Procura entregarle, cuanto antes, la carta que te di para ella.



Como había vaticinado Tony, Liana triunfó en el escenario de la Opera, y su camarín se llenó de flores, al ver las cuales el enamorado sintió celos.

—¿Te molestan tantos obsequios, celoso? — le dijo ella.

—¡Sí! Tengo celos hasta de las flores... por-

que detrás de cada una sé que hay un admirador.

—Pues si te molestan las tiraré todas... ¡Todas menos estas, que son tuyas!

—¡Qué feliz soy, Liana!

—¡Di, mejor, qué felices somos!

—¡Te quiero tanto, amor mío!



—¡Di, mejor, qué felices somos!

—¿Pero de veras me quieres, Tony?... ¿Me querrás siempre?

—¡Ya ves si te querré, si tendré fe y confianza en ti, que te voy a hacer mi mujer!

—¡Soy tan feliz, Tony, tan feliz, que me parece un sueño!... ¡Es tan grande, tan grande mi dicha, que me da miedo!

—¿Miedo? ¿Por qué? Lo que si te advierto es que en cuanto nos casemos se acabó el teatro y se acabó París. Nos iremos a América.

—¿A América?... Sí... Lejos... muy lejos...

Liana habíase asomado al balcón de aquel saloncito, que daba al jardín, y sin que Tony lo viese, Carret presentóse ante ella, trepando hasta la barandilla del balcón, y le entregó la carta de Biribi.

Asustada, Liana leyó el escrito, que decia así:

“Estoy en París, libre. Necesito la cartera y el collar y quiero que me los traigas a “La Boca del Infierno”, esta noche.

Juan”

Para alejar a Tony, fingió encontrarse fatigada, pero él vió la carta de Biribi apretada en una de sus manos, y le dijo:

—¿Qué papel es ese? ¿Quién te lo ha entregado? ¡Quiero verlo!

—¿Qué tono es ese, Tony?

—Perdóname, Liana... pero...

Para hacer desaparecer la carta ella la rompió en varios pedazos y la arrojó al fuego, pero Tony leyó en uno de los pedazos estas comprometedoras palabras:

“esta noche.

Juan”

Y díjole a su amada, lleno de temores:

—¡Liana, si me quieres de verdad, explícame qué es esto!

—¿Es que no te fías de mí?

—¿Cómo voy a fiarme de ti, si veo que tú tampoco confías en mí?

—¡No puedo decírtelo!... ¡No puedo!

Liana acudió a la cita.

La policía, viéndola partir en “auto”, la siguió, cumpliendo órdenes del Prefecto, y Tony también fué tras ella, para aclarar aquel misterio.

Biribi, al ver llegar a Liana, quedó asombrado ante sus lujosos atavíos y se sintió más enamorado de ella que nunca.

Pero Liana le devolvió la cartera con el co-

llar y se dispuso a partir, no queriendo saber nunca más de él.

Biribi le cerró el paso.

—Dije que vendría por la cartera, por el collar... y por ti, palomita mía...

—¡Por mí, imposible!



—Dije que vendría por la cartera, por el collar... y por ti...

—¿Hay algo que lo impida?... ¡Dímelo y verás qué pronto no estorba! ¡Ah, el americano! ¿Verdad?

Carret vino a avisar a su compinche de la llegada de Tony, y Biribi frotóse las manos, preparándose para vengarse de él por haberle robado el amor de Liana.

Para salvarle, dijo Liana:

—¡Pero si a mí ese hombre me tiene sin cuidado!... ¡Si no le quiero!

—Si no le quieres y te importuna, hazle entrar, y así yo, oculto tras aquel cortinaje, comprobaré si le amas o no... para obrar en consecuencia.

Liana recibió fríamente a Tony, para dar a entender a Biribi que no le amaba, pero aquél vió moverse el cortinaje y fué a separarlo bruscamente, para descubrir al hombre que había citado allí a su amada.

Los dos rivales se aprestaron a una lucha feroz. Y Biribi, que era hábil tirador, iba a arrojar un cuchillo, a distancia, sobre Tony, cuando sonó un disparo de arma de fuego.

¡Era el Prefecto de Policía con algunos de sus hombres!

La justicia se apoderó del collar robado por Biribi, que expiró a los pocos segundos de ser herido, y el Prefecto dijo a Liana, en presencia de Tony:

—Ahora ya puede usted vivir tranquila y aspirar a ser feliz, que bien lo merece, señorita. Su verdugo no la hará más víctima de sus maldades.

Y, emocionado, Tony, sin pronunciar palabra, estrechó a Liana contra su corazón, prometiéndose desquitarla con su gran cariño de las amarguras sufridas hasta entonces.

FIN

Acaba de ponerse a la venta, en las selectas  
EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
la preciosa novela

# RAMONA

DOLORS DEL RIO WARNER BAXTER

Es una joya de «Los Artistas Asociados»  
32 fotografías Magnífica portada

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID